

Parentescos insólitos y latin lovers

Xosé Castro Roig*

NAVARRO, Fernando A.: *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Del Prado; 2002; 286 + x págs. ISBN: 84-8372-713-7. Precio: 19,95 euros.

Me han pedido que escriba una reseña sobre este libro. Y como ya he recomendado y dicho en otras publicaciones y foros que los artículos que publicaba Navarro en publicaciones impresas y electrónicas (de medicina y lingüística) constituyen una lectura deliciosa, ahora, con este compendio de nuevos y enjundiosos artículos emparedados entre dos tapas duras, no puedo desdecirme.

Fernando Navarro empezó publicando, bajo el título genérico de «Parentescos sorprendentes», una serie de artículos que versaban sobre las curiosas relaciones de parentesco que unen términos dispares (verbigracia: *claudicación* y *Claudia Schiffer*, o *menisco* y *menopausia*). Aquellos primeros hacían especial hincapié en términos relacionados con la medicina, pero pronto fue abriendo la mano hasta abarcar todo tipo de vocablos. Los *Parentescos insólitos del lenguaje* son una recopilación de aquellos y de muchos más, inéditos, sobre cuestiones de toda índole.

Un libro interjectivo

Este sea quizá el adjetivo que mejor defina el libro. Pero la culpa, en el fondo, la tiene mi mujer. «¿Ya acabaste “el libro de los sustos”? Es por estar preparada», me espetaba todas las noches. Y es que cuando me acostaba en la cama, me ponía el lápiz en la oreja (yo soy de los que leen con lápiz) y comenzaba a leer alguno de los amenos artículos, no pasaba mucho rato antes de que soltara un estentóreo *¡ahí va!*, *¡ostrás!* o *¡fijate!*, con el consiguiente susto de mi mujer, que me atizaba, a renglón seguido, una palmada en el hombro.

—¿Y ahora cómo me duermo yo con estas palpitations? ¿Pero no ves el susto que me has dado?

—¿«Palpitations»? ¿Sabías que las *palpitations* y los *párpados* tienen mucho que ver? —le replicaba yo.

Y zas, otra palmada en el hombro.

—Mira, miraa... que yo mañana me levanto a las siete —decía, apagando la luz de la mesita y llevándose mi porción de sábana al darme la espalda.

Y así me quedaba yo, ultimando la lectura del articulo y emitiendo interjecciones guturales, quedas.

Lo cierto es que mi mujer también lo leyó, y eso que ella es «de ciencias», pues resulta ameno e interesante para los amantes de la lengua (algo que se nos presupone a los traductores) y para cualquier persona interesada en las curiosidades del lenguaje y de los idiomas. A título personal, echo en falta oportunas referencias a mi idioma (el gallego, y por ende, el portugués), pues aunque Navarro cita abundantemente lenguas romances y europeas, algunas explicaciones serían más completas si incluyeran vocablos en aquella lengua, porque a veces representa muy bien el eslabón temporal que separa el latín del español. Lo excusa el hecho de que, para Navarro y para cualquier persona, conseguir un (buen) diccionario etimológico gallego es más difícil que extraer la vesícula a un paciente sin anestesiarlo antes.

De dónde venimos y adónde vamos

Cuando me mudé a Madrid desde La Coruña, en 1989, sentí esa sensación encontrada de placer por sentirme turista, y a la vez de displacer por no sentirme vinculado sentimentalmente a la ciudad, por ser un extraño. Yo procedo de una ciudad pequeña en la que uno se acostumbra a conocer los edificios que caen y los que se erigen, a los arquitectos, a saber quiénes fueron las personas que dan nombre a las calles, a oír a los abuelos y a los padres contar su Guerra Civil, a presenciar la partida y llegada de familiares emigrantes, a saber qué pasó en tal calle hace ahora doscientos años, a conmemorar hechos históricos, a tejer el día a día con un montón de cultura silente (de esa con la que uno se empapa aunque no quiera), a base de alimentos, olores, sabores, paisajes y palabras.

*Traductor. Madrid (España). Dirección para correspondencia: xose@xcastro.com.

Cuando la sensación de ser un extraño empezaba a superar el placer de sentirme turista en una gran ciudad como Madrid, me di cuenta de que si pretendía vivir en paz con la ciudad, debía saber qué me ataba a ella, además del trabajo. Y me compré libros como *Las calles de Madrid*, de Pedro de Répide, e intenté aprender de esta ciudad lo mismo que ya sabía de la mía natal. Y entonces, todo cambió: las caminatas por este gran poblachón castellano se convirtieron en paseos interjectivos (como el libro de Navarro), en una sucesión de sorpresas, en pequeños viajes en el tiempo, en saltos de siglos de una manzana a otra, de un cruce a un callejón. Por ejemplo, recuerdo deambular emocionado por las calles en las que caminaron, vivieron y se educaron José Martí, Simón Bolívar y José Rizal cuando vinieron a estudiar a la metrópoli y comprendieron la necesidad de emancipar sus patrias.

Y entonces, el lenguaje de esta ciudad se hizo mío y fue como si la ciudad me concediera su particular permiso de residencia.

El de Navarro es uno de esos libros que, además de amenos y documentados, fuerzan al lector a familiarizarse con su idioma, a descubrirlo, y lo animan a escharbar en las raíces de su cultura, una cultura que nos sobrevive a los lectores, que persiste en el tiempo y traspaasa fronteras montada en un vehículo llamado lenguaje. En algunas páginas, uno deja de sentirse turista en su idioma para vincularse sentimental y culturalmente con el pasado que explica su presente.

Apología de la etimología

Llevo años impartiendo conferencias en facultades de traducción de toda España y he tenido la oportunidad de comprobar in situ los conocimientos y las carestías de los alumnos, de los planes de estudio (eso que denominan, creo que por influencia inglesa, «currículum» o «planes curriculares») y de los profesores.

En general, lo que a título personal estoy constatando es la tendencia a convertir determinados clásicos del mundo de las artes en objetos caducos. Sí, ya sé que suena a paradoja, porque un *clásico* es precisamente aquello que sobrevive a las modas y sirve de inspiración para las vanguardias. Es sencillamente imposible ser moderno, transgresor o innovador en cualquier disciplina si se desconocen los clásicos de los que uno pretende ser antagonista. Unos necesitan a los otros: los iconoclastas necesi-

tan a los maestros, los transgresores necesitan a los inmovilistas, los románticos a los racionalistas.

En concreto, en el mundo de la traducción, a veces parece como si los clásicos fueran una cuestión macroscópica, como si solo pudieran serlo las grandes obras de la literatura. No olvidemos que hay miles de palabras más antiguas que *El Quijote* o el *Guzmán de Alfarache* y que son, por tanto, «clásicos» de nuestro idioma, y como tales debemos tenerlas en cuenta. Y esto lo digo porque si alguien propusiera quemar mañana mismo todos los ejemplares de *El Quijote* se armaría —como es lógico— la de San Quintín, pero no parece escandalizarnos tanto actualmente que un político, un redactor, un traductor o un escritor borre un vocablo de la faz del diccionario con sus dichos y sus hechos.

Conocer bien el pasado es el único modo de avanzar bien hacia el futuro. De lo contrario, a uno le puede pasar lo que a aquel traductor audiovisual que hizo que los amantes de una película ambientada en la Inglaterra de finales del XIX se trataran de *vuesa merced* en sus cartas de amor porque «pensaba que, como la película era antigua, se tratarían así». Recuerdo que regalé a aquel colega el epistolario amoroso de Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós, un compendio de cartas escritas en la España contemporánea de la película. Y el hombre descubrió, con gran sorpresa, ese delicioso pasaje en la que Pardo Bazán no solo no trataba de usted a Galdós (ya no digamos de *vuesa merced*), sino que le escribía aquel delicioso párrafo: «Pánfilo de mi corazón: rabio también por echarte encima la vista y los brazos y el cuerpo todo. Te aplastaré. Después hablaremos tan dulcemente de literatura y de Academia y de tonterías. ¡Pero antes te morderé un carrillito!».

En tiempos más recientes decía el político español José María Mendiluce que estamos vaciando de significado las palabras. Y es cierto: los adjetivos se usan en política como armas arrojadas (se repiten ad náuseam hasta dejarlos sin jugo), y en publicidad el idioma es algo manipulable y subsidiario, al servicio del mensaje. En la traducción, muchos colegas adoptan la actitud negligente de «yo soy un mandado y pongo lo que diga el cliente».

El latín y el griego en la universidad

No, no me he ido tanto del hilo como pueda parecer, porque el libro de Navarro me sirve de excusa perfecta para recordar la necesidad de una asignatura de la que carecen los planes de estudio de las

facultades de traducción y periodismo de España, y que bien podría llamarse «Etimología y neología». Por eso yo digo que soy un *latin lover*, reciclando la expresión inglesa. Y es que muchos licenciados tanto en traducción como en periodismo se encuentran a diario con dudas neológicas que no saben resolver. En los planes de estudio de la mayoría de las facultades españolas han desaparecido casi por completo el latín y el griego, y se hace especial hincapié en el conocimiento de las lenguas modernas, de muchas lenguas modernas. De ahí viene la paradoja de que un estudiante de filología pase cuatro años estudiando un idioma y uno de traducción pase cuatro estudiando varios. Tras esos años de carrera, algunos alumnos se licencian y encabezan su currículum diciendo que traducen cuatro o cinco idiomas. Pero lo hacen con la mejor voluntad, aconsejados por sus profesores. Y lo hacen —muchos— con faltas de ortografía. (Aclaración políticamente correcta: obsérvese el uso que el autor hace de los adjetivos *algunos y muchos*, que no, que no son sinónimos de *todos*.)

Igual de despistado que andaba yo por una ciudad que me era extraña y parecía no querer acogerme, así andan de puntillas por el idioma algunos traductores. La falta de un respaldo histórico, el no saber de dónde viene, dónde está y hacia dónde va su idioma y su lenguaje les hace sentir poca confianza en su capacidad como transmisores de cultura.

Quizá ese es el motivo por el que algunos consideran que no tienen potestad ni obligación de dar solución a los neologismos y a los retos de este mundo que pare miles de palabras cada mes, que produce tecnología, ciencia y arte en grandes cantidades que luego tenemos que traducir. Este tipo de traductores se sienten meros observadores del uso, constatan que tal cosa se dice así o asá, pero no se atreven a estudiar y proponer una solución. Y precisamente nuestro enorme poder radica en que podemos y debemos influir positivamente en los hablantes.

¿Alguien duda de la repercusión que tuvo el traductor que convirtió el término inglés *e-mail* en el español *correo electrónico*? Yo tuve la suerte de participar en la traducción, hace años, de algunos de los programas de correo electrónico más usados en todo el mundo. En aquel momento no faltaron traductores (ni faltan ahora) que defendieran que el término *e-mail* no debía traducirse (uso este ejemplo, pero la lista era larga: *cookie, plug-in, forward,*

site, newsgroups...). Y aducían que «la gente lo decía en inglés» (¡claro, aún no estaba traducido!), convencidos de que la gente dice las cosas porque sí, cuando en realidad la gente habla el idioma que le servimos en bandeja los periodistas, escritores y traductores. Aducían también que «ir en contra de lo que dice la mayoría de la gente es ser purista» («la mayoría» suele ser un término poco fiable dialectológicamente que utilizamos en función de cómo beneficie nuestra argumentación). En cualquier caso, es un argumento engañoso, porque lo cierto es que si les «damos» buen idioma, los hablantes hablan buen idioma. Si les damos español, hablan español; si les damos espanglés, hablan espanglés.

La etimología nos ayuda a rebuscar en el baúl de los recuerdos el sentido de las palabras y las acepciones que nos pueden ayudar a resolver problemas de traducción y expresión. Los alumnos de las facultades de traducción no tienen nociones de neología y no saben cómo se forma un neologismo en español; ni siquiera si deben hacerlo.

Esta situación la he visto repetirse innumerables veces en listas de correo para traductores:

1. Un traductor pide ayuda para resolver una duda. (Presuponemos que se ha documentado debidamente antes, pero lo cierto es que algunos emplean Internet —y las listas especialmente— como fuente de información casi exclusiva.)
2. Otros traductores le dan su consejo, pero hay divergencia de opiniones.
3. El traductor hace una búsqueda temática en Google.com para obtener «una segunda opinión»... o cuarta.
4. El traductor acaba adoptando una traducción siguiendo dos criterios: a) frecuencia de aparición en el buscador Google.com u otro; b) preferencia personal.

Reflexionamos más sobre las fuentes, sobre el lugar del que tomar las traducciones, que sobre nuestra manera de traducir.

Pero ¿cómo hablar de neologismos si no hemos hablado de etimología?

Cierro mi exposición con otro ejemplo: en una traducción técnica que tuve que corregir, se hablaba de una máquina dotada de un módem, que cuando se estropeaba se conectaba sola a un sistema de «diagnóstico remoto» (*remote diagnostics*), es decir, a un aparato que hacía un «diagnóstico remoto» de la

máquina estropeada e informaba sobre las soluciones posibles al operario o aplicaba la que más convenía sin consultarle. Cuando hablé con el traductor, reconoció que había pensado traducir aquello como «telediagnóstico/telediagnosis» y «telediagnosticar» (luego decimos que el inglés es más breve) haciendo un perfecto uso de los recursos neológicos de nuestra lengua, pero temía «innovar demasiado» (sic).

Igual que hace Navarro en su libro, escarbemos en las raíces para ver adónde llegan, llevemos la etimología a las aulas y hagamos un esfuerzo continuo por empezar la casa por los cimientos y no por el tejado. Si no profundizamos, nos quedaremos en la

superficie y nuestros juicios y decisiones también serán superficiales. El desconocimiento de la historia de nuestras palabras —y, por ende, de nuestra cultura— provoca un miedo atroz: el miedo a ser pedante. Y lo peor de este miedo es que es falso hasta en su planteamiento; en realidad tememos miedo a ser cultos, y esto es grave.

Si la etimología y la neología (latín, griego y sus aplicaciones) deben entrar en los planes de estudio a costa de que el japonés, el ruso o el danés (por decir algunos idiomas al azar) pierdan horas como lenguas optativas de segundo ciclo, bienvenida sea la pérdida. Cimentemos las mentes de nuestros estudiantes antes de enlucirles las fachadas.

Migrañas que dan jaquecas

Verónica Saladrigas y Luis Pestana*

*Servicio de Traducción. Laboratorios Novartis Pharma AG. Basilea (Suiza)

**Servicio de Traducción. OMS. Ginebra (Suiza)

La palabra *jaqueca* —que según Joan Corominas¹ es una voz cuatrocentista (*axaqueca*, 1438) derivada del árabe *ṣaḳīqa*— figura registrada por primera vez en el diccionario de la Academia de 1817 con el significado de «Dolor grande de cabeza que da por lo regular en la mitad ó en una parte de ella. Hemicraneum».² No obstante, hay registros de uso muy anteriores, aunque con grafías arcaicas (*xaqueca*, *axaqueca*), tanto en textos generales como médicos; por ejemplo, en el *Lapidario* (1272) («Et a tal uertud que tuelle la dolor que se face en media cabeça, a que llaman en arábigo *xaqueca* [...]»)³ y en *Secretos* (1471) de Juan Enríquez («Para el dolor delos ojos & dela *axaqueca* & otras cosas Toma vn çelemjn de farina de trigo cernjda quatro vezes»)⁴.

La palabra *migraña*, en cambio, sólo aparece casi un siglo más tarde en el diccionario de la Academia, que la define como sinónimo de *jaqueca* y le atribuye un origen latino a partir de *hemicrania*, derivada a su vez del griego.⁵ Otros opinan que su origen es catalán («migraña: lo mismo que *jaqueca*. V y Oud. Francios. dice que la voz *migraña* es catalana»⁶) o que proviene del francés.^{7,8} *migraine*, voz que dataría de finales del siglo xii y cuyo origen explica así un antiguo tesoro francés de 1606: «Migraine, f. penac. Est un vocable extraict du Grec, *hêmikraina*, ou *hêmikrania*. *Hemicraena*, ou *Hemicrania*. Non par apherese de la lettre hê, ains par presque semblable composition François, disant le François Miparti pour demi parti, et à michemin, pour à demi chemin. Et signifie une espece de maladie laquelle fait douloir la moitié de la teste, *Semicaluaria*, si ainsi dire se peut, et de ce mipartiment prend son nom de Migraine, car hêmi signifie *Semi* en Latin, *Demi* en François et *kranion*, *Caluaria*, *Calvaire*, ou test de la teste».⁹

Fernando Navarro es de los que opinan que la voz francesa *migraine* pasó en el siglo xviii al inglés y sustituyó a la forma *migrem* (documentada desde el siglo xiv), y también al español (probablemente a través del catalán) con la forma *migraña*.⁷ No obstante, el *Merriam-Webster Dictionary*, si bien señala que la palabra *migraine* se introduce en el idioma inglés a través del francés (como voz derivada del latín tardío *hemicrania*, y ésta a su vez del griego *hemikrania*), indica que el préstamo ocurrió mucho antes, en el siglo xv.¹⁰

Sea cual fuere el origen de la voz *migraña*, lo cierto es que su uso es de larga data, pues el Corpus Diacrónico del Español (CORDE) la registra en textos médicos de finales del siglo xv y del siglo xvi con múltiples grafías,¹¹ unas reveladoras de su evolución a partir del latín *hemicrania*, como *enimiclanea*,¹² *emigranea*¹³ y *migranea*,¹⁴ y otras tan peregrinas como ¹² *nigramia*¹² o *milgrania*.¹⁵ Con la grafía actual, *migraña*, se menciona también en textos del siglo xv, en frases como: «[...] la enfermedad dicha *migraña*

o otra pasion de la cabeça [...]»¹⁶ o «La cabeça ha un dolor en la parte de dentro que los medicos llaman *migraña* [...]».¹⁶ Pero lo más curioso es que en 1250 ya se mencione expresamente la palabra *migranea*, derivada del latín, como equivalente de la voz *xaqueca*, derivada del árabe: «Et a tal uertud que tuelle la dolor que se faze en la media cabeça aque llaman en arauigo *xaqueca* & en latin *migranea*».³

Por consiguiente, parece inverosímil que la palabra *migraña* se haya «puesto de moda en los últimos 20 años sin más razón que el mimetismo con el *migraine* anglofrancés» o sea un vocablo «reciente», como sostiene el profesor García-Albea.⁸

Bibliografía

1. Corominas J. Breve diccionario etimológico de la lengua castellana. 3.^a ed. Madrid: Gredos; 1998.
2. Real Academia Española. Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española. Diccionario de la Academia; 1817. <<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>> [consulta: 16.02.2003].
3. Anónimo. Lapidario (Escorial H.I.15). 1250. Edición de: Kasten LA, Nitti JJ. Madison, Wis.: Hispanic Seminary of Medieval Studies; 1995. En: Real Academia Española. Corpus Diacrónico del Español (CORDE). <<http://buscon.rae.es>> [consulta: 16.02.2003].
4. Enríquez, Juan. Secretos (Palacio II/3063). 1471. Edición de: Arismendi AL. Madison, Wis.: Hispanic Seminary of Medieval Studies; 1995. En: Real Academia Española, Corpus Diacrónico del Español (CORDE). <<http://buscon.rae.es>> [consulta: 16.02.2003].
5. Real Academia Española. Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española. Diccionario de la Academia, Suplemento; 1914. <<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>> [consulta: 16.02.2003].
6. Terreros y Pando, P^e Esteban. Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina é italiana. Madrid: Imprenta de la viuda de Ibarra, 1786-1793. Citado en 7.
7. Navarro F. MedTrad [grupo electrónico de discusión]. Migraña y jaqueca, mensaje 25892 [miércoles 12.02.2003]. <<http://mx.groups.yahoo.com/group/medtrad/>>.
8. García-Albea Ristol E. Historia de la jaqueca. Barcelona: Masson; 1998. Citado en 7.
9. Nicot, Jean. Thresor de la langue francoyse, tant ancienne que moderne. Paris: Librairie de David Douceur; 1606. Disponible en: <<http://www.lib.uchicago.edu/efts/ARTFL/projects/dicos/TLF-NICOT/search.form.html>> [consulta: 16.02.2003].
10. Merriam-Webster OnLine. Merriam-Webster Dictionary. <<http://www.m-w.com/>> [consulta: 16.02.2003].
11. Diccionario español de textos médicos antiguos (Dirección de Herrera MT). Madrid: Arco Libros; 1996. Citado en Navascués I. MedTrad [grupo electrónico de discusión]. Hemicrania y migraine (era: migraña y jaqueca), mensaje 25916 [miércoles 12.02.2003]. <<http://mx.groups.yahoo.com/group/medtrad/>>.
12. Anónimo. Tratado de patología. 1500. (Edición de: Herrera MT. Salamanca: Univ. de Salamanca, 1997). En: Real Academia Española, Corpus Diacrónico del Español (CORDE). <<http://buscon.rae.es>> [consulta: 16.02.2003].
13. López de Villalobos, Francisco. Sumario de la medicina con un compendio sobre las pestíferas bubas (Madrid, BN I-1169). 1498. Edición de: Herrera MT, González de Fauve ME. Madison, Wis.: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1997. En: Real Academia Española. Corpus Diacrónico del Español (CORDE). <<http://buscon.rae.es>> [consulta: 16.02.2003]. .
14. Anónimo. Repertorio de los tiempos, el cual tura desde el año MDLIV hasta el año de MDCII. 1554. (Edición de: Monsalvo MJ. Salamanca: CILUS; 2000). En: Real Academia Española. Corpus Diacrónico del Español (CORDE). <<http://buscon.rae.es>> [consulta: 16.02.2003].
15. Díaz de Isla, Ruy. Tratado llamado Fruto de todos los autos contra el mal serpentino (Madrid, BN R-2480). 1542. Edición de: Herrera MT, González de Fauve ME. Madison, Wis.: Hispanic Seminary of Medieval Studies; 1997. En: Real Academia Española. Corpus Diacrónico del Español (CORDE). <<http://buscon.rae.es>> [consulta: 16.02.2003].
16. Burgos, Fr. Vicente de. Traducción de El Libro de Proprietatibus Rerum de Bartolomé Anglicus. 1494. Edición de: Herrera MT, Sánchez MN, Salamanca: Universidad de Salamanca; 1999. En: Real Academia Española. Corpus Diacrónico del Español (CORDE). <<http://buscon.rae.es>> [consulta: 16.02.2003]